

## CAPÍTULO XIX

### LITERATURA GRIEGA

**Gramáticos.**—Podía sentirse ya en Eurípides la decadencia de la lengua griega; y su perezosa abundancia, sus juegos de palabras, su universal excepticismo y la vaguedad de su filosofía sirvieron de ejemplo y excusa á los alejandrinos para echar á perder el más hermoso idioma que se haya hablado. Pretendían restaurarlo los gramáticos; y viendo la infinidad de palabras extranjeras que en el griego introducía la mezcla de los diversos pueblos en la capital de Egipto, pensaron en conservar la parte más pura (1) comenzando así la útil novedad de los *léxicos*, colección de palabras notables por la forma y el significado, y de los *glosarios*, catálogo de palabras anticuadas ó procedentes de los extranjeros ó especiales de algún dialecto. Apolonio, que vivió poco después de Augusto, compiló las *dicciones homéricas* (*Ἄξις ὁμηρικαί*); el gramático Heróciano ó Herodiano del tiempo de Nerón, las de Hipócrates; Timeo, las de Platón; Tolomeo de Ascalona, un diccionario de sinónimos (*περὶ διαφορᾶς λέξεων*); Juliano Polux, el *Onomástico*, especie de *Regia Parnasi*, que sugería los diversos modos de nombrar variadamente las cosas. Sobre los antiguos dialectos hizo estudios Trifón de Alejandría; sobre el alejandrino, Ireneo; sobre el ático, el árabe Frínico, distinguiendo las voces según se apliquen al estilo oratorio, histórico ó familiar (*ἐκλογή ἄττικῶν ῥημάτων καὶ ὀνομάτων*). El hebreo Filón había hecho lo mismo con las palabras hebraicas de las Sagradas Escrituras, pero ya no tenemos su obra sino quizá en latín. Por ex-

(1) Los gramáticos alejandrinos son los primeros que estudiaron á fondo la gramática para evitar la corrupción del griego, penetrando así en la naturaleza de las varias partes del discurso.

guo que parezca á primera vista el trabajo de estos gramáticos, sin embargo, es lo cierto que separando las granzas del grano útil, facilitan el estudio de los clásicos, ya en razón de los trozos de autores que nos han conservado, ya porque las ricas bibliotecas de Alejandría les proporcionaban los críticos antiguos más doctos, ó porque podían conocer á fondo la lengua que entonces se hablaba.

No había decaído el culto de Homero; y Apion, á quien Julio Africano llamaba el más esmerado de los gramáticos (*περιεργάτος γραμματικῶν*), heredando el gusto de su maestro Didimo, que en tiempo de Julio César había compuesto hasta cuatro mil volúmenes de comentarios sobre los autores, la patria de Homero, la verdadera madre de Eneas, las costumbres de Anacreonte y Safo (2), así como sobre materias de igual importancia, recurrió á la caza de semejantes sutilezas y hasta á evocaciones mágicas para averiguar quien fuese Homero y de donde procedía. Fué el último revisor del meonio y le pareció gran cosa descubrir que las dos primeras letras de la Iliada (*μη*) expresaban cuarentiocho, número de los libros que constituyen los dos poemas. Enviado á Roma por los alejandrinos para pedir la expulsión de los judíos, escribió contra estos un libro que Flavio Josefo refutó. También escribió sobre las maravillas de Egipto, y le somos deudores de las dos famosas anécdotas sobre la gratitud de los animales, el del fin de Pozzuolo que amaba á un niño y el león curado por el esclavo Androclo y que se convirtió en su protector. Apion se ostentaba pomposamente haciéndose apellidar segundo Homero y alabándose de inmortalizar á aquellos á quienes dedicase sus libros.

(2) SÉNECA, *Ep.* 88.

Había decaído la poesía griega, y apenas debe mencionarse el médico Marcelo Sidetes, que compuso en tiempo de los Antoninos un poema en cuarentidos cantos sobre la medicina (*Βιβλία-ιατρικά*), y de otro médico, Heliodoro de Atenas, de cuya *Justificación* (*Ἀπολογία*) habla Galeno. Opiano de Cilicia compuso en su destierro un poema sobre la pesca (*Ἀλιευτικά*), y cada verso le valió una moneda de oro por parte de Severo. Dedicó á Caracalla otro sobre la caza (*Κυνεγετικά*), que Escalígero trata de divino, y que casi no puede considerarse el gusto como mediano. Hay algunos que creen que estos dos poemas, de género descriptivo y en su consecuencia el último de todos, son de autores diferentes.

No había degenerado menos la retórica en la patria de Demóstenes, donde la afición natural á los debates, á falta de ocasiones de aplicar la elocuencia á los intereses nacionales, se abría vado en las lecturas públicas, en las plazas ó en las escuelas. En tiempo de los Antoninos había recuperado tal crédito la lengua griega en Roma, que se contaban cinco retóricos griegos por cada tres latinos, y las cátedras de estos retóricos eran numerosas. Atenas conservaba la escuela más afamada en retórica, como Alejandría en matemáticas, y Berito en jurisprudencia. A uso del tiempo se ejercitaban en aquella los niños en asuntos imaginarios: de ciudad en ciudad iban los oradores declamando cosas que, repetidas cien veces, parecían nuevas á muchas personas en virtud de la escasez de libros. No se verificaba espectáculo ni diversión popular sin que un orador proporcionara á la muchedumbre griega el placer, en que gozaba extremadamente, de oír su hermosa lengua empleada con todos los resortes del arte. Como Nostradamo de los trovadores, así el Filostrato de los sofistas y retóricos recogió los dichos y hechos en que aparecen el desparpajo y las arterias de aquellos que van en pos de renombre y dinero, atentos á su plantarse y roerse el uno al otro.

Y para dar gusto á la plebe se sacrificó el verdadero gusto, en tanto que el genio sofisticado utilizaba en las subdivisiones de los discursos, materias y argumentos. Distinguíanse los discursos en *μελέτη*, *σύστασις*, *λόγος*, *λάλια*, *προλαλία*, *σχεδίων*, *διαλέξις*, *ἐπιδείξις*. Era la *melete* una declamación preparada cuidadosamente en que el orador representaba el papel de un personaje antiguo ó fabuloso, y trataba un asunto imaginario como si hubiera sido verdadero: la *sistasis* era un pequeño discurso de recomendación á un protector: el *logos*, todo discurso, si bien más especialmente una arenga sobre un asunto importante: la *lalia*, un cumplimento: la *prolalia*, un prólogo á las lecturas públicas: el *schedion*, un discurso no preparado: la *dialexis*, una disertación: la *epidixis*, una composición de aparato pronunciada en un teatro ó en una asamblea solemne. Aquellos que tengan valor suficiente, pueden leer la *melete* en que Lesbonax exhortaba en tiempo de Tiberio á los atenienses, que habían

vivido dos siglos antes, á vengarse de Tebas y á combatir denodadamente contra los lacedemonios: otra en que Aristides invitaba con instancia á aquellos mismos atenienses á enviar socorros á Nicias en Sicilia, ó á celebrar la paz con los espartanos después de la batalla de Pilos, ó á prestarles ayuda después de la de Leuctra. Luego mudando de tema, aquella en que les aconsejaba unirse á Tebas contra Esparta, ó más bien mantenerse neutrales; ó bien la otra en que deslefa en seductora prosa los versos puestos por Homero en boca de Ulises para aplacar la cólera del Pélide.

Algunos de aquellos retóricos no cedían á los mejores oradores de la antigüedad en pureza de lenguaje y dignidad de estilo; pero no sabían más que repetir, á semejanza de los latinos: nada presentaban que fuera nuevo ni sentido. Algún vigor adquirió la retórica cuando se asoció á la filosofía para tratar de ciertas materias, no ya haciendo uso del árido diálogo de los discípulos de Sócrates ó adoptando la severidad científica de Aristóteles, sino por un método oratorio, cual lo vemos en los neoplatónicos y en los filósofos que florecieron desde Adriano hasta Juliano.

**Dión.**—Uno de los más ilustres oradores fué Dión Crisóstomo, de Prusias, en Bitinia. Habiéndole hallado Vespasiano en Alejandría, y habiéndole preguntado si haría bien en admitir el imperio que se le ofrecía, sin conocer el mundo más que por los libros, le exhortó á restablecer la república. Más tarde fué diputado á Roma por sus conciudadanos para hacer una reclamación á Domiciano. *He dado, dijo, una gran prueba de valor osando decirte la verdad, cuando parecería el mentir cosa saludable á todos. He arrostrado el odio, no de un hombre vulgar, sino de un príncipe tan cruel como poderoso, á quien los griegos y los bárbaros daban cobardemente los nombres de soberano y de dios, cuando le hubiera convenido mejor el de demonio.*

Habiéndose escapado solo y disfrazado, probablemente para libertarse de la cólera de este emperador, se vió reducido á ganar su sustento plantando árboles ó sacando agua para los baños, y en su destierro tuvo por único consuelo el *Fedón* y una arenga de Demóstenes. Su saber le valió el afecto de los bárbaros de la Dacia y de la Mesia, como también el de los getas, de quienes escribió la historia. Tornó tan luego como variaron las circunstancias. Significándole sus compatriotas el deseo de verle á su tránsito, les citó á Cízico donde acudió en efecto una inmensa muchedumbre; pero en el momento en que se aprestaba á pronunciar una arenga preparada con esmero, se divulgó el rumor de que acababa de llegar un músico famoso y todos abandonaron al orador por oír al músico. Establecido más tarde en su patria encontró en ella los honores y los disgustos que aguardan en todas partes á los hombres superiores. Hasta se vió condenado como delincuente de lesa majestad por haber erigido una estatua al emperador en medio de sepulcros. Por fortuna aquel emperador era

Trajano, quien no solo le declaró absuelto, sino que descubriendo á Dion entre la muchedumbre cuando hacía su entrada triunfal después de su victoria sobre los dacios, le hizo subir á su carro.

Su estilo, formado sobre el de Platón y Demóstenes, carece de su límpida sencillez, si bien reproduce su elegancia. Respecto á la esencia, gira en parte sobre los argumentos sofísticos á la sazón en voga; y entre el número de sus discursos tiene alguna importancia la discusión que suscita acerca de *si habla sido tomada Troya*. Aplicóse Dion sucesivamente á las más grandes cuestiones relativas á filosofía, moral y literatura; abundan en sus escritos excelentes sentimientos y conocimientos preciosos de la antigüedad.

De los ochenta discursos que ha dejado, se atribuye la palma al que dirigió á los rodios á fin de apartarles del uso que habfan adoptado cuando querían honrar á un contemporáneo, el cual se reducía á tomar una estatua antigua y á cambiar solamente la inscripción de ella. Para nosotros es más importante el que dedicó á los alejandrinos con objeto de apartarlos de su pasión al teatro y los juegos. En medio de un torbellino de palabras, les dice mucho más difusamente:

«El órgano auditivo del pueblo es sólo el teatro, y en éste, con vuestro perdón, nunca ó rara vez se vé algo que sea razonable, decoroso, honesto; abundan, sí, cantinelas, trinos, chocarrerías y risotadas, cosas mucho menos hermosas que el oro. Llenos de ellas los oídos del pueblo, no trateis ya de buscar en el juicio, ni religión, ni justicia, sino tan sólo insensatas rencillas, descompuesta vanidad, melancolía, alegrías frenéticas, deshonor, dipendios. No digo esto porque trate de privar á la ciudad de sus diversiones, cualesquiera que sean; ¡guárdeme el cielo de ello! ni es tal mi locura que lo intente; pero sí quisiera que pues sois ávidos y delicados conocedores de estas delicias, sufríseis también de vez en cuando la exposición de un sabio discurso y permitiéseis una saludable libertad de dirigiros la palabra.

»Los atenienses obraban perfectamente en este particular, pues sus poetas estaban facultades para censurar no sólo este ó aquel objeto, sino á la misma república, siempre que cometía alguna falta. Las antiguas comedias están llenas de tales censuras, que ellos permitían en las fiestas solemnes y en los días de concierto universal, cuando se gobernaban republicanamente y dominaban á la Grecia entera; cuando eran dueños de castigar con la muerte á todo el que osaba molestar en lo más mínimo sus oídos. Ahora bien, vosotros no tenéis coros, ni poetas, ni nadie que os reprenda amistosamente; y pluguiera al cielo que yo fuese un músico, pues entonces os aseguro que no hubiera comparado ante vosotros sin traer una pequeña aria que cantaros.

»Con todo, fiado en la persona que aquí me dirigió, quise aventurarme á hablaros, no pudiendo desesperar de vosotros antes de conocerlos. A vos-

otros toca ahora justificar mis esperanzas, escuchándome hasta el fin modestamente, lo que os granjeará tanto más aplauso y admiración, cuanto menos se contaba con ello, y desmentirá la voz de que los alejandrinos no entienden sino de cuerdas puestas en vibración y de pies que se mueven en el aire.

»Esta ciudad, tan admirable, adolece de una extraña enfermedad; la loca pasión que tiene á la carrera y al canto; y sus habitantes, que en los sacrificios, en los negocios, en las conversaciones familiares, no manifiestan señal alguna de rareza mórbosa, apenas ponen el pie en el teatro ó en el estudio, cuando, como si encontrasen allí un breva-je maléfico, se olvidan repentinamente de todo lo pasado y de sí mismos, y no se avergüenzan de hacer y de decir cuanto puede imaginarse de más extravagante; y lo más curioso es que, gustando muchísimo de ver y de oír, ni miran ni escuchan; en suma, viejos y jóvenes, niños y mujeres, se muestran dominados por el vértigo y el frenesí. Cuando salen luego de allí, se debilita algo, es cierto, la violencia de la enfermedad, pero no se calma; y las plazas, las encrucijadas, toda la ciudad, se resiente durante muchos días de este sacudimiento, á la manera que aún después de apagado un grande incendio, se ven acá y allá humo, chispas, hollin y tizonas quemados ó en ascuas...

»Esto dirán de vosotros los pueblos. No pretendo yo que semejantes juegos no deban verificarse ni verse en la ciudad, no; pues es preciso respetar el flaco de la multitud, y ocupar sus ocios (además de que hasta las personas más eminentes necesitan á veces esparcir y recrear el ánimo): lo que digo es que todo esto debería hacerse con el decoro y la dignidad propios de hombres libres. Podeis estar seguros de que vuestro silencio no echará á perder en nada el asunto; ningún bárbaro dará por eso con más lentitud un solo paso; ningún cantor se equivocará en una sola nota... Pero no; vosotros no creéis asistir á los juegos, si no os abandonais á furiosos transportes... y más de uno ha sido víctima de su loco apetito músico...; y hasta, si se ha de creer lo que cuenta la fama, alguno de los desgraciados que perecieron por tal causa, quiso echarla de héroe, prestándose gustoso á morir con tal de que saciasen su sed de canto unos instantes más... ¡Nuevo, á la verdad, é inaudito género de heroísmo! pues, mientras que era grato á los antiguos sacrificar su vida por el honor, por la libertad, por la patria, hoy lo es á los habitantes de Alejandría, morir por un trino... ¿Y qué diré de los otros que, saltándose los ojos y con el alma en los labios, como si absorbiesen por los oídos una completa dicha, llaman salvador y dios á un miserable digno de la argolla?

»¿Y no sentís vergüenza, ya que no otra cosa, al salir así de quicio por musicastros necios, que no tienen en sí nada de grandes? Si á lo menos se tratase de un Ismenias, de un Timoteo, ó de aquel Arión que enamoraba á los delfines... Pero todo lo

contrario; se trata de los destructores de la anti-gua música, de los que la corrompen, destrozan y maltratan de un modo raro. ¿Cuándo se ha oído nunca á estos una armonía pura, noble y varonil? No teneis de ellos sino cantinelas propias de mujercillas, saltos de bailarines, batahola de gente ebria, quiebro de voces é inflexiones tan extrañas, que ha sido preciso introducir nuevos vocablos para poderlas indicar. Anfion, según se dice, fundó una ciudad al son de la cítara; vuestros citaristas la destruyen. Orfeo domesticó las fieras y les inspiró el amor al canto; estos, de hombres que erais, os han cambiado en animales enemigos de la instrucción y del orden.

»¿Qué diferencia entre la conducta de los espartanos y la vuestra! Aquellos, noticiosos de la llegada de un célebre citarista, cabalmente porque sabían que tocaba con la más exquisita dulzura, lejos de honrarle, le arrebataron el instrumento, y haciendo pedazos las cuerdas, obligaron al músico á salir de la ciudad: ¡tan sospechosa les era semejante maestría, y con tanto celo creían deber preservar sus oídos de que se corrompiesen y enseguida esclavizasen su alma! Ahora bien, ¿cuales han sido los efectos de conducta tan diversa? Los espartanos triunfaron constantemente de los bárbaros, y estuvieron largo tiempo al frente de la Grecia; vosotros lejos de saber mandar, no sabeis siquiera obedecer y hace poco que el orgullo os lanzó á la rebelión. Digo el orgullo, porque no hubo en vosotros verdadero espíritu de rebelión. ¡Ahl! ¿Sois vosotros, hombres capaces de rebelaros? ¿Lo sois de pelear un sólo día?

»Pero, ya basta del teatro; pasemos á hablar del estadio. Apenas habeis puesto en él los pies, ¿quién puede describir los gritos, la confusión, la agonía del ánimo, las palpitaciones, la variedad sucesiva de los gestos, y los cambios de color y de voz que indican y acompañan vuestra enfermedad? Ciertamente, si en vez de ser hostigados los caballos lo fueseis vosotros, ó mejor dicho, si se os azotase con la férula de las tragedias, vuestro furor no sería más extraordinario ni violento. Los poetas ataron á Ixión, como última pena, á una rueda que debía girar eternamente: esto no pasa de ser una chanza; pero vosotros estais fijos realmente con toda el alma en las ruedas de los carros, y girais perpétuamente con ellas, lo cual constituye la más cara de vuestras delicias. A fe mía, si alguno de los dioses se os pusiese delante y os gritase: *Desgraciados, ¿á qué fin tantos delirios? ¿á qué tantas locuras? Ese que corre no es Pelope, ni Eno-mao, ni Mirtilo; no se pelea por el reino, por la esposa, ó porque esté en peligro la vida: son despreciables esclavos que sudan para ganar una vil moneda, ya vencedores, ya vencidos; los mismos siempre: ¿qué podríais responder á estas reprensiones? Nada. Sin embargo, creo que si el mismo abuelo de Pelope os hablase, no le prestaríais oído. ¿Qué remedio tendrá, pues, vuestro mal? ¿Y qué númen os curará de él?»*

De este modo reprendía Dion en su tiempo locuras que ni aun hoy día se han desterrado.

Consultado por un personaje ya maduro que anhela saber cómo procedería para ser elocuente, le responde indicándole los autores á cuyo estudio debía consagrarse: antes que otro alguno Homero (3) primera y última lectura del hombre, niño, adulto ó viejo; Homero que brinda cuanto puede necesitar á cada uno de sus lectores. Enseguida le recomienda los historiadores, con especialidad el grave Tucídides, el dulce Herodoto, y Teopompo; entre los escritores dramáticos Menandro y Eurípides; el primero como superior á todos los antiguos, el segundo como utilísimo para un hombre de Estado (πολιτικῷ ἀνδρὶ). Aun cuando concede la palma á Demóstenes, aconseja estudiar más bien á Hipérides y á Esquines, no menos elegantes aunque más fáciles y sencillos; luego á los cuatro retóricos modernos Antipatro, Teodoro, Plutión y Conón, por el singular motivo de que su lectura no desalienta arrancando la esperanza de igualarles.

Herodes.—Tiberio Claudio Herodes Atico, de quien ya hemos hablado, superaba, en sentir de Aulo Gelio, á todos los oradores por la gravedad, la facundia y la elegancia. A lo menos era generoso en comidas y regalos.

Adriano.—Adriano de Tiro, discípulo suyo y secretario de Cómodo, trató los asuntos siguientes, conocido por nosotros. Una maga condenada á ser quemada viva es defendida por su arte contra las llamas: excitada otra para destruir el encantamiento, lo consigue, y Adriano pide que sea quemada como hechicera: unos soldados logran torcer el curso de un río y así les es dado ahogar al ejército contra el cual debían trabar la pelea, y se presentan á reclamar la recompensa prometida si salían vencedores.

Aristides.—De gran reputación gozó Elio Aristides, natural de Bitinia (129); viajó muchos años, y después de haber dejado en todas partes monumentos de su sabiduría y de su fama en las estatuas é inscripciones que le fueron dedicadas, se fijó en Esmirna como custodio del templo de Esculapio. Tenía especial devoción á este dios, y á la verdad no sin motivo, pues atacado de una extraña enfermedad que le atormentó por espacio de diez años, siendo infructuosos médicos y métodos curativos, solo Esculapio le proporcionaba alivio con sus frecuentes apariciones y le sugería los remedios de que debía hacer uso, y por último se arrojó de orden suya á un torrente impetuoso y salió de allí curado (4). Emplea particular estudio en seguir las huellas de Demóstenes, y aun cuando quede á mucha distancia, muestra energía en la expresión y en el pensamiento, sabe mantenerse

(3) Καὶ μέσος, καὶ ὑστατος, καὶ πρότος παντὶ παιδὶ, καὶ ἀνδρὶ, καὶ γέροντι.

(4) Cuenta la enfermedad y su curación en sus cinco libros de *Las cosas sagradas*.

exento de la superabundancia de sus contemporáneos, y es de sentir que no le ocurrieran asuntos capaces de elevarle á la altura á que podía rayar de cierto. Si obtuvo de Marco Aurelio la reconstrucción de Esmirna destruida por un terremoto (178), toca el mérito más bien á la bondad del príncipe que á su elocuencia.

Hermógenes.—Hizo célebre el infortunio á Hermógenes de Tarsos, que excitaba á los quince años la admiración de Marco Aurelio y de las escuelas, á los veinticinco años perdió la memoria y arrastró una existencia imbecil hasta una edad avanzada.

Longinos 210-273.—Sin detenernos en otros muchos, mencionaremos aun á Casio Longinos (5), que fué amante de Zenobia, reina de Palmira, y pagó con su vida la fidelidad que le guardara. Seguía la filosofía de Platón y superaba á todos en el conocimiento perfecto de los méritos y de las faltas de los autores sobre los cuales escribió disertaciones admiradas por sus contemporáneos (6). Bajo su nombre poseemos un tratado *De lo sublime*, atribuido por algunos á Dionisio de Halicarnasio, y también á otros. Ya Cecilio, retórico siciliano del tiempo de Augusto, había escrito sobre este asunto, indicando en qué consistía lo sublime, aunque no da las reglas que deban seguirse para obtenerlo. Longinos quiso suplir este defecto.

Si se considera esta obra como tratado de retórica, se verá que el autor no se divierte en detallar las partes del discurso y en reducir el arte á una tecnología pedantesca; al revés, enseña de una manera más estética que dogmática: los ejemplos en que apoya sus doctrinas están sacados de una crítica juiciosa de los más insignes autores, y cuando se fija en un excelente pasaje, lo acaricia con noble complacencia, adhiriéndose mejor á las bellezas que á los lunares. A estilo de Cicerón, de Aristóteles y de Quintiliano, parece que la emulación le acosa, que adquiere el fuego y magnificencia de Homero y Esquino y tributa el homenaje de su elocuencia á la inspiración que le viene de ellos. Pero su pretensión de enseñar lo sublime anuncia ya que lo entendía en un sentido falso. En efecto, lo confunde á veces con lo bello, á veces con lo figurado; rara vez se eleva hasta la fuente del verdadero sublime, la potestad incommunicable del carácter moral ó del genio.

No contento con reducir á teoría los vuelos de la mente que se exalta y las cualidades de la expresión oratoria cuando es majestuosa y viva, quiere además demostrar cómo pueden adquirir elevación todos los géneros literarios hasta los más simples y sencillos; cuán puras galas se enlazan á lo que es natural y verdadero, evitando las extravagancias y la rudeza que á veces se toma por energía, y la tri-

(5) LONGINI quæ supersunt, græcæ... concinnavit A. E. Egger. Paris, 1837.

(6) EUNAPIO, cap. 2.

vialidad que se querría hacer pasar por atrevimiento. Pretende especialmente que el amor del bien se asocie al sentimiento de lo bello, y atribuye la aridez de los talentos, la ausencia de lo sublime, al amor desarreglado á las riquezas y á los placeres, á la admiración de las cosas frívolas y caducas.

Novelas.—A este siglo haremos el honor de las primeras novelas, sin que entablemos discusión para averiguar si las hubo ó por qué no existían antes. Indica su esencia el nombre de *relatos eróticos* que se les ha dado, mas no se debe buscar allí el interés de una acción bien conducida, ni el desarrollo de caracteres, ni aun el conocimiento de los tiempos. Aristides de Mileto había escrito, no se sabe en qué época, aunque ciertamente con anterioridad á Ovidio y á Craso (7) ciertos cuentos licenciosos, cuya escena se suponía en su patria, recibiendo por esta causa el nombre de *Fabulas milesias*, que se hizo común á otros cuentos. Uno de los más antiguos es el *Asno*, de Lucio de Patras, considerado como el original de las *Metamorfosis* de Luciano y de Apuleyo. Antonio Diógenes cuenta en sus *Cosas increíbles de Tule* (τὰ ὑπὲρ Θούλην ἀπίστα), tipo de todos los viajes imaginarios publicados posteriormente, que, después de haber recorrido un tal Dinias el Asia y la Europa, llega á Tule, donde encuentra á Dercílida de Tiro, que le refiere las maravillosas aventuras acaecidas á ella y á su hermano Mantinias: hácelas escribir en tablillas de ciprés, y depositar en el sepulcro de Dercílida en Tiro, donde son halladas al tiempo de apoderarse de la ciudad Alejandro. ¡Cuántos manuscritos desde entonces debían encontrarse del mismo modo, condimentarse ó rehacerse!

Entre otros relatos de aventuras nos han quedado las *Efesiacas* de Jenofonte de Efeso; las *Pasionés amorosas* de Partenio, que ya hemos citado, y las cartas de Alcifron, á quien sus profundos estudios sobre los cómicos griegos pusieron en aptitud de darnos utilísimas noticias sobre las costumbres de la antigüedad.

Luciano, 120-200?—Es sin disputa el escritor más notable de aquel tiempo Luciano, nacido en Samosata, de una familia pobre, y según se cree, en tiempo de los Antoninos: á los quince años terminó sus estudios. Su padre vaciló entonces acerca de si le colocaría cerca de algún tío suyo á aprender el oficio de escultor ó le destinaría á la elocuencia; y cediendo á las inclinaciones de su hijo adoptó este último extremo. Encaminose, pues, Luciano á Antioquia, donde se dispuso á seguir la carrera del foro; más como encontrase poco estímulo en la abogacía, empezó á vagar de ciudad en ciudad pronunciando arengas y trozos de de-

(7) Ovidio le cita en los *Fastos*, II, 412: y en el verso 443 menciona una traducción que había hecho Sisena. El sureño de los partos reprendió á los soldados de Craso por la lectura de estos cuentos que fueron hallados en sus tiendas. Véase el tom. II, pág. 401.

clamación á estilo de los retóricos de entonces. Obtuvo así renombre en el Asia Menor, en la Macedonia, en la Grecia, en Italia y en las Galias. Sus disertaciones versaban sobre los argumentos frívolos ó ficticios que conocemos: algunas de ellas han llegado hasta nosotros, como el «Elogio de la mosca, el Tiranicidio, el Hijo llorado, Zeuxis y Antioco, la Calumnia, los Baños de Hipias, el Elogio de la patria ó de Demóstenes.» (8)

Tan pueriles asuntos no bastaban á distraer su alma de los males del tiempo. Veía á la sociedad caminar á su disolución por falta de fe religiosa, de creencias morales, de instituciones estables, fuertes y respetadas: veía asimismo luchar á la tiranía y á la vileza acerca de cual iría más lejos, y venderse las naciones: era testigo del desenfreno de las costumbres: el fausto de los magnates arrastraba en pos de sí por las calles un pueblo de esclavos y de clientes, prontos á satisfacer apetitos insensatos ú obscenos, y sustentaba filósofos, retóricos y bufones. Hediondas orgías, casas de recreo, madrigueras de libertinaje, voluptuosos baños: á esto se reducía para los ricos la ocupación de una existencia que terminaba en triunfo con pomposos funerales, en que una multitud de plañideras derramaban lágrimas venales, á la par que gran número de esclavos, libertos por testamento, acompañaba á los muertos, con el gorro en la cabeza, hasta sus suntuosos mausoleos. Venía á ser la riqueza el objeto de todos; para adquirirla, el uno vende su voto, el otro la fidelidad de su consorte ó la suya propia; aspiran en su mayor parte á ser inscritos en los testamentos, y recorren á los más afrentosos amaños, haciendo la corte á los viejos y hasta acelerando su muerte. El filósofo, el sacerdote de las religiones falsas, como el de la verdadera, se esforzaban cada uno por diferentes medios á fin de aplicar remedio á tamaños males, y á la par que muchos gemían ante el espectáculo de una segura ruina, otros se aturdían.

De haber sido más revero Luciano hubiera podido remediar el mal ó manifestar por lo menos desconsuelo; pero satírico mordaz, ingenioso, abrazó el partido de reirse, de divertirse con la humanidad presentando en toda su desnudez sus llagas, y de minar con el sarcasmo y la duda las añejas instituciones que permanecían en pie todavía.

De consiguiente traspasó los límites de la existencia, y así como los cristianos apelaban á la muerte, punto donde vá á parar todo, Luciano saca á la escena á los muertos con el fin de formar proceso á los vivos, acusándoles de sus defectos. Atónito Carón de oír á los muertos echar de menos la vida, consulta á Mercurio para saber cuales son los inmensos beneficios que se dejan

sobre la tierra: este dios le guía á nuestro mundo, y vé los malos ratos que se dan todos por allegar riquezas, y Carón no puede menos de admirarse de tal locura, sabedor de que muy pronto meterá en su barca á cuantos se agitan con desconcierto, y pronto, y desnudos.

Otras veces escoge por blanco de sus tiros la hermosura ó los placeres. En el tribunal de Radamanto comparecen el lecho de un tirano ó la lámpara de un retrete, y revelan con cínica franqueza las fealdades de aquel tiempo. El galo de Micilo consuela á los pobres de su condición humilde, si bien tranquila. Insistiendo en este punto recuerda Luciano que, después del último viaje, ya no existe diferencia alguna entre el hombre más misero y el más opulento potentado. Quizá había oído salir de labios más puros este pensamiento, aunque no aspira á deducir una verdad práctica al emitirlo; concluye que todo lo que vemos, incluso nuestra existencia, no es nada, y sumerge al hombre en la desgarradora duda.

Como después de pesar las doctrinas de los filósofos las había encontrado huecas ó engañosas, y siempre en contradicción con las obras de sus propagadores, no intentó averiguar si había una senda distinta del error que condujera á la verdad y se dejó ir al escepticismo. «Cuando reconocí la vanidad de las cosas humanas, menosprecié grandezas, tesoros, placeres, para dedicarme á buscar la verdad. Abarcando mi entendimiento la causa de los fenómenos que aparecen á nuestros ojos, el autor del universo, y otras cuestiones de esta especie, me dirigí á los filósofos que consumen su vida entera en la investigación de la verdad: escogí aquellos cuya ciencia era más profunda y de virtud más austera; consintieron en instruirme mediante un crecido salario; pero ¿qué me enseñaron? términos bárbaros y ya incomprensibles, dejándome en más incertidumbre que nunca.»

Así, su talento jocosó no le conduce, y esto es achaque de todos los tiempos, á nada sólido ni grande; no le consiente apreciar la virtud de Epicuro y de Marco Aurelio (9), ni el heroísmo de los mártires. Al casar Aristeneto á su hija con un rico banquero convida á la fiesta filósofos y literatos. Estos suscitan las cuestiones que les mantienen divididos, de tal modo que el banquete se transforma en una arena ó lidia, donde cada cual esgrime los argumentos más sutiles que se ocurren á su mente: esto suministra ocasión á Luciano para poner de relieve las locuras y la inmoralidad de las diferentes sectas. Unas veces saca á plaza á los más ilustres filósofos de la antigüedad, quienes se ven obligados á dar cuenta de los propios defectos, á semejanza de los esclavos expuestos en el mercado. Otras veces pone en ridículo á un tal Peregrino

(8) No hay absoluta certeza de que sean suyos. La mejor edición de Luciano es la que hizo Federico Reitz en Amsterdam, año de 1744, 4 tom. en 4.º. Hace poco ha dado Jacobitz otra edición en Leipzig.

(9) Se cree que el *Hermótimo* fué dirigido contra este príncipe, y escrito quizá á instigación de Avidio Casio emperador.

que, por hacer alarde de apatía, da voluntariamente al público el espectáculo de su muerte. Como le había acontecido divulgar las imposturas de un filósofo paflagonio llamado Alejandro, que se decía profeta, este hombre, disimulando el odio que le profesaba, le ofreció una nave para llevarle de nuevo al Ponto, oferta que admitió Luciano; luego que estuvieron mar adentro, le confesó el piloto que había recibido orden de arrojarle al mar; pero no queriendo mancillar su vejez con un delito, se contentó con desampararle en una isla desierta. Una vez en salvo Luciano quiso entablar querrela contra Alejandro; aunque atendido el valimiento del impostor, le disuadió de aquel designio el gobernador del Ponto: entonces por toda venganza se dedicó Luciano á escribir la vida de su enemigo.

¡A pesar de todo, se consideraba que la cordura era patrimonio de aquellos hombres! Tuvo Luciano en estima y profesó amistad á los filósofos Nigrino y Demonax: platónico el primero practicaba en Roma las virtudes que enseñaba, instruyendo en el bien, y en buscar lo mejor á los hombres: residía el otro en Atenas, donde se había reducido voluntariamente á la pobreza, por amor al estudio, no queriendo esclavos, en atención á que le parecía injusto que un hombre recurriera á otro para aquello que podía hacer por sí mismo. Su bolsa y su brazo estaban á disposición no solo de sus amigos, sino de todos sus conciudadanos. Hablaba por sentencias á semejanza de los antiguos sabios, y escogiendo entre las sectas lo mejor que tenía cada una. Aun cuando prefiriera las doctrinas estoicas y admirase á Sócrates, proclamaba osadamente la verdad y jamás plegó sus hábitos á las costumbres atenienses. Acusado de no manifestar devoción á Minerva, responde que no pensaba que ella lo necesitara; luego comparecía ante la asamblea coronado de flores, y como produjera asombro, dijo: *He venido adornado como una víctima, pronto á ser sacrificado si tal os place.* Interrogado por qué motivo no se ha hecho iniciar en los misterios de Eléusis, responde que si le hubieran parecido reprobables, no se hubiera cansado de apartar de ellos á los hombres; al paso que si los hubiera reconocido como buenos los hubiera divulgado en provecho de todos.

Apoyándose en la autoridad de estos dos sabios, Luciano asesta sus tiros contra los dioses, tales como se nos presentan en Homero y en Hesiodo, pero mientras que los filósofos se esfuerzan en justificar el politeísmo, queriendo encontrar en él alegorías ó la forma simbólica de las ideas eternas que nutren y elevan á la humanidad, él lo presenta en la desnudez de las formas poéticas y vulgares; abandona á la irrisión de la muchedumbre las metamorfosis y las hazañas de los dioses con festivo júbilo, que no se puede tratar de impío, puesto que demuestra que no se creía en nada. Mercurio, el dios ladrón y tercero, Venus la prostituta, Júpiter el corredor de aventuras, le suministran un asunto fértil en chistes y agudezas; pero no con-

tento con esto quiere además demostrar la impotencia y la nulidad de aquellos habitantes del Olimpo: y tan pronto les hace convencerse de debilidad, hallándose sumisos á la voluntad superior del destino, como los presenta en la más viva alarma, porque el estoico Timocles se esforzaba vanamente en la tierra para sostener su existencia contra el epicúreo Damis. Allí está Momo quien les da zumba en virtud de que los argumentos del último reducen á su adversario al silencio y á la desesperación á los dioses; después les consuela diciéndoles que la muchedumbre ignorante suministraría siempre sobrados adoradores. Jamás había tenido que habérselas el antiguo Olimpo con un burlón más intrépido, el cual no solo cae como una plaga sobre las tradiciones, sobre los oráculos, sobre los santuarios, sino que llega hasta negar la Providencia.

De este modo derrocaba los antiguos dioses, sin pensar en substituirles otros nuevos. Aquellos que Persia y Egipto enviaban á Roma salen tan mal parados como los demás en la *Asamblea de los dioses: No hay piedra que una vez coronada de flores y frotada con perfumes no tenga la pretensión de hacerse diosa; y dentro de poco ya no quedará lugar para los antiguos dioses en el Olimpo.* A fin de conjurar el peligro, convoca Júpiter á los inmortales; pero ¿quién acude á su llamamiento? estatuas de marmol, de pórfido, de hierro, de oro, de bronce, á las que Júpiter intima el precepto de probar su divinidad, sopena de ser precipitadas en el infierno.

Preséntase á sus ojos el cristianismo solo como una superstición más; se ceba en las preocupaciones de la alta clase y en las bachillerías del vulgo. La trinidad, el bautismo, la creación del mundo, el Espíritu santo, le parecen insustanciales cuentos ó resurrecciones tardías de las doctrinas pitagóricas; y no se liberta la constancia de los mártires de su petulante sarcasmo.

Luciano gozó de gran reputación entre sus contemporáneos. Acudía la muchedumbre de las ciudades para verle á su tránsito, y Cómodo le nombró para la prefectura de Egipto. Si la historia no debiera pedir estrecha cuenta á los hombres, no tanto del talento con que fueron dotados como del uso que de él hicieron, colocaría á Luciano en la categoría de los más esclarecidos, por la sencilla belleza del lenguaje, por la delicadeza de los giros, por la exquisita sal de la expresión, por la oportunidad y la mesura que resalta en sus escritos. Pero ¿cómo llena su vocación social el que declara guerra á la religión, á las costumbres, á las ideas, y minando todos los principios, abandona las almas al torrente de las pasiones? Ciertamente debe haber hombres que destruyan para facilitar la tarea de los que se ocupan en reconstruir; pero ¿cuán desgraciado es el papel de tales Voltaires (10)

(10) «Hásele comparado á Voltaire, si bien sólo se le

Al oficio de historiador tocó también alguna parte de los epigramas de Luciano. Cuando Marco Aurelio y Lucio Vero llevaron la guerra al país de los partos, se dedicaron á dar cuenta de aquella expedición una nube de escritores, imitando unos á los antiguos, apartándose otros de ellos por orgullo, é inspirados por la adulación todos. Entonces compuso Luciano una diatriba en que pone en ridículo el estilo de aquellos aduladores y el de los demás historiadores tanto antiguos como modernos, y aunque se atuviera como retórico á la forma exterior termina por consejos, que, en nuestro sentir, merecen ser compendiados.

«El deber de un historiador es contar una cosa tal como ha acaecido y puede hacerlo por ventura cuando teme á Artajerjes, ó aguarda de su mano vestidos de púrpura, un collar de oro, un corcel niceo en recompensa de sus alabanzas? Jenofonte, escritor equitativo, no hubiera procedido de este modo: Tucídides, tampoco: es preciso atenerse á la verdad más bien que á las propias enemistades, y no hacer gracia á aquellos á quienes se estima. Efectivamente la verdad solamente es propia de la historia: lo demás deben echarlo en olvido todos los escritores, y no pensar en los que les oyen en el momento, sino en los que han de llamar al tiempo actual antiguo. El que halaga lo presente, será con razón contado entre el número de los aduladores. Haced memoria de Alejandro, que dice: *¿Cuánto desearía volver! ¡oh Onesicrito! después de mi muerte á la vida por poco tiempo á fin de saber lo que piensan los hombres que en lo venidero lean estas cosas! ¿Qué tiene de extraño que me alaben ahora, cuando cada cual piensa captarse mi benevolencia con auxilio de tan liviano cebo?*

«Mi historiador no ha de tener miedo, debe ser incorruptible, ingenuo, amigo de la libertad y de la verdad, y como se dice vulgarmente, ha de llamar pan al pan, sin conceder nada á la amistad ni al odio, y debe mostrarse sin piedad, sin miramiento, sin rebozo, juez equitativo y benévolo para todos.

parece bajo un aspecto. Voltaire era inmenso y juntaba á su ironía el entusiasmo y el amor á la humanidad. Condujo su siglo á los confines del nuestro y á todos los adelantos á que hemos dado cima. Por el contrario Luciano, privado del instinto del porvenir, no sabe más que sofocar lo presente con su inagotable gracejo. Pero el mundo se hallaba agitado por la necesidad de creer y de apoyarse en algo sobrehumano. Peregrino procura excitar en torno suyo la admiración de los hombres; y todavía pudiera citar la historia de un tal Alejandro que había atraído en pos de sí la muchedumbre en Asia y en Italia: dogmatizaba, pretendía haber tenido pláticas con la divinidad, y solo muchos años después fué convicto de impostura. A estas necesidades de la humanidad atendía completamente el cristianismo; y mientras que Luciano hacía escarnio de la antigua filosofía, propagaban los cristianos su fe por la caridad, la resignación, la paciencia y el martirio. Apaleados, no apaleaban á nadie; vivían en las catacumbas calumniados, humillados; pero duraban siempre y se multiplicaban en la escuela del infortunio.» LERMINIER.

Huésped de sus libros, no debe tener patria ni príncipe; diríjase por sí propio, sin buscar lo que agrada á éste ó al otro; sino que ha de referir los hechos tales como han acaecido. Tucídides tiene en vista la utilidad y el fin que todo escritor juicioso debe proponerse en la historia; es decir, que si acontecen en lo sucesivo cosas semejantes á las que narra, se pueda en caso de necesidad sacar provecho de lo escrito. Respecto del estilo, sea conciso y vigoroso, ajustado en los períodos y en los argumentos. Haga de modo que escriba, no con demasiada acritud y violencia, sino con calma y aplomo; hállese frecuentemente sentencias; sea la exposición lúcida, en buenos términos, y presente el asunto con toda la claridad posible. Tampoco conviene emplear voces oscuras é inusitadas, ni otras propias sólo de las tabernas y mercados, sino aquellas que comprende el vulgo y que aprueban las gentes instruidas. No sean enfáticos los giros, ni trasciendan á haber sido rebuscados; de otro modo harán un discurso semejante á un breverage sazonado con especia. Se puede hacer uso del arte poético en ciertos pasajes; porque también la historia da cabida á maneras y expresiones grandiosas, especialmente cuando la narración versa sobre batallas, y se necesita algo de soplo poético para hinchar la vela y hacer que se balancee la nave sobre la cima de las olas; pero crezca sólo la palabra con la belleza y majestad del relato, y manténgase igual en cuanto sea posible, sin divagar caprichosamente ni elevarse fuera de propósito, á fin de no perder los estribos y de no caer en el furor poético. Hay que ocuparse, pues, en refrenarlo, atendido que la excesiva briosidad en el discurso, como en los caballos, es un gran defecto. Es excelente cosa que la elocución llegue á tirar de la rienda al espíritu que se arrebata, y á dirigirle, como se hace con un corcel, para no verlo arastrado nunca. Después no se han de desenvolver los hechos al acaso, sino con esmero y laboriosamente, repasando muchas veces lo escrito, especialmente si se trata de cosas presentes y que ha visto uno con sus propios ojos. En otro caso debe uno referirse á los escritores más fidedignos, y que exentos de prevenciones no hayan querido falsear su relato.

«Una vez que lo haya recogido todo ó lo más posible, haga primeramente un borrador, una especie de masa informe, dándole enseguida hermosura y colorido con auxilio de la dicción, del orden, de la elegancia. Muéstrese el escritor semejante al Júpiter de Homero, tan pronto mirando á la tierra de los caballeros tracios como á la de los misios, es decir, que se ocupe alternativamente de las cosas concernientes con especialidad á los romanos, bosquejándolas tales como aparecen vistas desde arriba, y de las cosas relativas á los persas; y si combaten, no tome parte en la refriega por ninguno de los dos campos, ni exclusivamente por un caballero ó un infante. Sea mesurado en todo, sin aparecer en la narración pueril, fatigoso ni grosero; proceda con facilidad, y después de haber colo-

que, por hacer alarde de apatía, da voluntariamente al público el espectáculo de su muerte. Como le había acontecido divulgar las imposturas de un filósofo paflagonio llamado Alejandro, que se decía profeta, este hombre, disimulando el odio que le profesaba, le ofreció una nave para llevarle de nuevo al Ponto, oferta que admitió Luciano; luego que estuvieron mar adentro, le confesó el piloto que había recibido orden de arrojarle al mar; pero no queriendo mancillar su vejez con un delito, se contentó con desampararle en una isla desierta. Una vez en salvo Luciano quiso entablar querrela contra Alejandro; aunque atendido el valimiento del impostor, le disuadió de aquel designio el gobernador del Ponto: entonces por toda venganza se dedicó Luciano á escribir la vida de su enemigo.

¡A pesar de todo, se consideraba que la cordura era patrimonio de aquellos hombres! Tuvo Luciano en estima y profesó amistad á los filósofos Nigrino y Demonax: platónico el primero practicaba en Roma las virtudes que enseñaba, instruyendo en el bien, y en buscar lo mejor á los hombres: residía el otro en Atenas, donde se había reducido voluntariamente á la pobreza, por amor al estudio, no queriendo esclavos, en atención á que le parecía injusto que un hombre recurriera á otro para aquello que podía hacer por sí mismo. Su bolsa y su brazo estaban á disposición no solo de sus amigos, sino de todos sus conciudadanos. Hablaba por sentencias á semejanza de los antiguos sabios, y escogiendo entre las sectas lo mejor que tenía cada una. Aun cuando prefiriera las doctrinas estoicas y admirase á Sócrates, proclamaba osadamente la verdad y jamás plegó sus hábitos á las costumbres atenienses. Acusado de no manifestar devoción á Minerva, responde que no pensaba que ella lo necesitara; luego comparecía ante la asamblea coronado de flores, y como produjera asombro, dijo: *He venido adornado como una víctima, pronto á ser sacrificado si tal os place.* Interrogado por qué motivo no se ha hecho iniciar en los misterios de Eléusis, responde que si le hubieran parecido reprobables, no se hubiera cansado de apartar de ellos á los hombres; al paso que si los hubiera reconocido como buenos los hubiera divulgado en provecho de todos.

Apoyándose en la autoridad de estos dos sabios, Luciano asesta sus tiros contra los dioses, tales como se nos presentan en Homero y en Hesiodo, pero mientras que los filósofos se esfuerzan en justificar el politeísmo, queriendo encontrar en él alegorías ó la forma simbólica de las ideas eternas que nutren y elevan á la humanidad, él lo presenta en la desnudez de las formas poéticas y vulgares; abandona á la irrisión de la muchedumbre las metamorfosis y las hazañas de los dioses con festivo númen, que no se puede tratar de impío, puesto que demuestra que no se creta en nada. Mercurio, el dios ladrón y tercero, Venus la prostituta, Júpiter el corredor de aventuras, le suministran un asunto fértil en chistes y agudezas; pero no con-

tento con esto quiere además demostrar la impotencia y la nulidad de aquellos habitantes del Olimpo: y tan pronto les hace convencerse de debilidad, hallándose sumisos á la voluntad superior del destino, como los presenta en la más viva alarma, porque el estoico Timocles se esforzaba vanamente en la tierra para sostener su existencia contra el epicúreo Damis. Allí está Momo quien les da zumba en virtud de que los argumentos del último reducen á su adversario al silencio y á la desesperación á los dioses; después les consuela diciéndoles que la muchedumbre ignorante suministraría siempre sobrados adoradores. Jamás había tenido que habérselas el antiguo Olimpo con un burlón más intrépido, el cual no solo cae como una plaga sobre las tradiciones, sobre los oráculos, sobre los santuarios, sino que llega hasta negar la Providencia.

De este modo derrocaba los antiguos dioses, sin pensar en substituirles otros nuevos. Aquellos que Persia y Egipto enviaban á Roma salen tan mal parados como los demás en la *Asamblea de los dioses*: *No hay piedra que una vez coronada de flores y frotada con perfumes no tenga la pretensión de hacerse diosa; y dentro de poco ya no quedará lugar para los antiguos dioses en el Olimpo.* A fin de conjurar el peligro, convoca Júpiter á los inmortales; pero ¿quién acude á su llamamiento? estatuas de marmol, de pórfido, de hierro, de oro, de bronce, á las que Júpiter intima el precepto de probar su divinidad, so pena de ser precipitadas en el infierno.

Preséntase á sus ojos el cristianismo solo como una superstición más; se ceba en las preocupaciones de la alta clase y en las bachillerías del vulgo. La trinidad, el bautismo, la creación del mundo, el Espíritu santo, le parecen insustanciales cuentos ó resurrecciones tardías de las doctrinas pitagóricas; y no se liberta la constancia de los mártires de su petulante sarcasmo.

Luciano gozó de gran reputación entre sus contemporáneos. Acudía la muchedumbre de las ciudades para verle á su tránsito, y Cómodo le nombró para la prefectura de Egipto. Si la historia no debiera pedir estrecha cuenta á los hombres, no tanto del talento con que fueron dotados como del uso que de él hicieron, colocaría á Luciano en la categoría de los más esclarecidos, por la sencilla belleza del lenguaje, por la delicadeza de los giros, por la exquisita sal de la expresión, por la oportunidad y la mesura que resalta en sus escritos. Pero ¿cómo llena su vocación social el que declara guerra á la religión, á las costumbres, á las ideas, y minando todos los principios, abandona las almas al torrente de las pasiones? Ciertamente debe haber hombres que destruyan para facilitar la tarea de los que se ocupan en reconstruir; pero ¿cuán desgaciado es el papel de tales Voltaires! (10)

(10) «Hásele comparado á Voltaire, si bien sólo se le

Al oficio de historiador tocó también alguna parte de los epigramas de Luciano. Cuando Marco Aurelio y Lucio Vero llevaron la guerra al país de los partos, se dedicaron á dar cuenta de aquella expedición una nube de escritores, imitando unos á los antiguos, apartándose otros de ellos por orgullo, é inspirados por la adulación todos. Entonces compuso Luciano una diatriba en que pone en ridículo el estilo de aquellos aduladores y el de los demás historiadores tanto antiguos como modernos, y aunque se atuviera como retórico á la forma exterior termina por consejos, que, en nuestro sentir, merecen ser compendiados.

»El deber de un historiador es contar una cosa tal como ha acaecido y puede hacerlo por ventura cuando teme á Artajerjes, ó aguarda de su mano vestidos de púrpura, un collar de oro, un corcel niceo en recompensa de sus alabanzas? Jenofonte, escritor equitativo, no hubiera procedido de este modo: Tucídides, tampoco: es preciso atenerse á la verdad más bien que á las propias enemistades, y no hacer gracia á aquellos á quienes se estima. Efectivamente la verdad solamente es propia de la historia: lo demás deben echarlo en olvido todos los escritores, y no pensar en los que les oyen en el momento, sino en los que han de llamar al tiempo actual antiguo. El que halaga lo presente, será con razón contado entre el número de los aduladores. Haced memoria de Alejandro, que dice: *¿Cuánto deseaba volver! ¡oh Onesicrito! después de mi muerte á la vida por poco tiempo á fin de saber lo que piensan los hombres que en lo venidero lean estas cosas! ¿Qué tiene de extraño que me alaben ahora, cuando cada cual piensa captarse mi benevolencia con auxilio de tan liviano cebo?*

»Mi historiador no ha de tener miedo, debe ser incorruptible, ingenuo, amigo de la libertad y de la verdad, y como se dice vulgarmente, ha de llamar pan al pan, sin conceder nada á la amistad ni al odio, y debe mostrarse sin piedad, sin miramiento, sin rebozo, juez equitativo y benévolo para todos.

parece bajo un aspecto. Voltaire era inmenso y juntaba á su ironía el entusiasmo y el amor á la humanidad. Condujo su siglo á los confines del nuestro y á todos los adelantos á que hemos dado cima. Por el contrario Luciano, privado del instinto del porvenir, no sabe más que sofocar lo presente con su inagotable gracejo. Pero el mundo se hallaba agitado por la necesidad de creer y de apoyarse en algo sobrehumano. Peregrino procura excitar en torno suyo la admiración de los hombres; y todavía pudiera citar la historia de un tal Alejandro que había atraído en pos de sí la muchedumbre en Asia y en Italia: dogmatizaba, pretendía haber tenido pláticas con la divinidad, y solo muchos años después fué convicto de impostura. A estas necesidades de la humanidad atendía completamente el cristianismo; y mientras que Luciano hacía escarnio de la antigua filosofía, propagaban los cristianos su fe por la caridad, la resignación, la paciencia y el martirio. Apaleados, no apaleaban á nadie; vivían en las catacumbas calumniados, humillados; pero duraban siempre y se multiplicaban en la escuela del infortunio.» LERMINIER.

Huésped de sus libros, no debe tener patria ni príncipe; dirjase por sí propio, sin buscar lo que agrada á éste ó al otro; sino que ha de referir los hechos tales como han acaecido. Tucídides tiene en vista la utilidad y el fin que todo escritor juicioso debe proponerse en la historia; es decir, que si acontecen en lo sucesivo cosas semejantes á las que narra, se pueda en caso de necesidad sacar provecho de lo escrito. Respecto del estilo, sea conciso y vigoroso, ajustado en los períodos y en los argumentos. Haga de modo que escriba, no con demasiada acritud y violencia, sino con calma y aplomo; hállese frecuentemente sentencias; sea la exposición lúcida, en buenos términos, y presente el asunto con toda la claridad posible. Tampoco conviene emplear voces oscuras é inusitadas, ni otras propias sólo de las tabernas y mercados, sino aquellas que comprende el vulgo y que aprueban las gentes instruidas. No sean enfáticos los giros, ni trasciendan á haber sido rebuscados; de otro modo harán un discurso semejante á un brevege sazonado con especia. Se puede hacer uso del arte poético en ciertos pasajes; porque también la historia da cabida á maneras y expresiones grandiosas, especialmente cuando la narración versa sobre batallas, y se necesita algo de soplo poético para hinchar la vela y hacer que se balancee la nave sobre la cima de las olas; pero crezca sólo la palabra con la belleza y majestad del relato, y manténgase igual en cuanto sea posible, sin divagar caprichosamente ni elevarse fuera de propósito, á fin de no perder los estribos y de no caer en el furor poético. Hay que ocuparse, pues, en refrenarlo, atendido que la excesiva briosidad en el discurso, como en los caballos, es un gran defecto. Es excelente cosa que la elocución llegue á tirar de la rienda al espíritu que se arrebata, y á dirigirle, como se hace con un corcel, para no verlo arastrado nunca. Después no se han de desenvolver los hechos al acaso, sino con esmero y laboriosamente, repasando muchas veces lo escrito, especialmente si se trata de cosas presentes y que ha visto uno con sus propios ojos. En otro caso debe uno referirse á los escritores más fidedignos, y que exentos de prevenciones no hayan querido falsear su relato.

»Una vez que lo haya recogido todo ó lo más posible, haga primeramente un borrador, una especie de masa informe, dándole enseguida hermosura y colorido con auxilio de la dicción, del orden, de la elegancia. Múestrese el escritor semejante al Júpiter de Homero, tan pronto mirando á la tierra de los caballeros tracios como á la de los misios, es decir, que se ocupe alternativamente de las cosas concernientes con especialidad á los romanos, bosquejándolas tales como aparecen vistas desde arriba, y de las cosas relativas á los persas; y si combaten, no tome parte en la refriega por ninguno de los dos campos, ni exclusivamente por un caballero ó un infante. Sea mesurado en todo, sin aparecer en la narración pueril, fatigoso ni grosero; proceda con facilidad, y después de haber colo-

cada cosa en su sitio de la manera conveniente, pase á otros relatos, vencido el caso, y retroceda cuando sea oportuno. Ponga particular estudio en abreviar cuanto pueda, distribuyendo su materia cronológicamente; vuele de la Armenia á la Media, y desde allí sacuda de nuevo sus alas en la Iberia, luego en Italia, sin perder uno solo instante. Sea su espíritu semejante á un espejo nítido y claro, retratando tal como la recibe la imagen de los objetos, sin ningún elemento extraño, sin diferencia de color y de figura.

»Con efecto, los historiadores no deben escribir como los oradores, sino referir lo que acontece, sin hacer otra cosa que coordinarlo. Conviene en suma, que el historiador se repunte semejante á Fidias, á Praxiteles y á Alcámenes. Estos no hacían el marfil la plata ni el oro, sino que modelaban cada uno de estos metales como se los suministraban los eleos, los atenienses, los argios: serraban el marfil, lo pulían, lo encolaban, lo ponían en su lugar, y aplicaban encima un poco de oro; consistiendo su arte en disponer la materia según la necesidad lo requiera. Toca al historiador dar cima á la misma tarea, es decir, disponer los hechos con tanto orden y explicarlos con tal claridad, que el que le escucha crea haberlos visto.

»Después de haber dispuesto cada cosa, empiece su prólogo con tal de que no exija preparación el asunto. Si hace un prólogo, reclame solo dos cosas y no tres á semejanza de los oradores; y dejando á un lado lo que atañe á la benevolencia, solicite la atención y la docilidad de sus oyentes. Le prestarán atención si habla de cosas grandes, necesarias, prácticas y provechosas. Serán dóciles si les presenta con claridad aquello de que habla, exponiendo ante todo las causas, y remontándose al origen de los sucesos. Un prólogo imponente debe ir seguido de hechos que estén enlazados con él íntimamente; y no siendo otra cosa la historia que una narración no interrumpida, debe encadenar una transición fácil y natural las diversas partes del relato.

»Sin embargo, vaya ornado este relato con algunas galas; proceda por un método igual y compacto; sea siempre semejante á sí mismo, sin encumbrarse ni decaer, y produciendo la claridad hija de la concordia de los hechos. No será perfecto mientras no sujete como con una cadena lo que antecede á lo que sigue; no parezca que coloca muchos relatos unos al lado de otros, sino que se enlaza el primero con el segundo y con los últimos, por oportunos intermedios.

»Es utilísima la rapidez en toda tarea, y especialmente donde abundan las cosas de que se necesita dar cuenta. Conviene, pues, ser breve, cercenando, no en palabras, sino en hechos, es decir, resbalando velozmente sobre las cosas de poca importancia y menos precisas, á fin de hablar con extensión de las grandes.

»Se requiere sobre todo atención cuando se trata de la descripción de montes, mares y ríos. Observad cuan compendiosa es la forma de Tucídides cuando describe una máquina, ó expone el curso de un asedio, cosa útil en sí misma y necesaria, ó cuando bosqueja la figura del Epípoli ó puerto de los siracusanos. Cuando el historiador juzgue oportuno hacer hablar á alguno, diga cosas adecuadas á las personas y á las circunstancias, y siempre con la mayor claridad. Sean las alabanzas y las censuras modestas, circunspectas, y nunca calumniosas; sean breves, demostradas y colocadas en su lugar correspondiente. Si hallais alguna fábula en vuestro camino, referidla aunque sin afirmarla, para que cada cual conjeture lo que le plazca, y os pongais á cubierto de la censura. Por último, repetiré á menudo el consejo de escribir, no contemplando sólo el tiempo presente para ensalzar y honrar á los hombres del día, sino trasladándose mentalmente á todos los siglos, ó más bien diré que se escriba para las generaciones venideras, esperando de ellas la recompensa prometida á los buenos escritores, y haciendo de manera que se expresen en la forma siguiente: *Este fué un hombre libre é ingenuo: no se advierte en lo que dice adulación ni vileza, sino la verdad en todo.* Aquel que está dotado de recto juicio considerará el fallo de la posteridad como superior á las estrechas y limitadas esperanzas de esta vida. Tal fué la conducta de aquel arquitecto de Gnido que, después de haber erigido la torre del Faro, escribió en lo interior su nombre sobre la piedra, y dándole un baño de cal enseguida, trazó el nombre del rey, previendo lo que sucedió realmente. Con efecto, desprendiéndose las letras del muro con el baño de cal, dejaron en descubierto: *Sótrato, hijo de Desifanes, de Gnido, á los dioses salvadores de los navegantes.* No tuvo en consideración su tiempo, conociendo la corta duración de la vida; pero su arte será honrado ahora y siempre, mientras continúe en pie el Faro. De este modo conviene escribir la historia, con verdad, fiándose en el porvenir, y no captándose los elogios de los contemporáneos á fuerza de lisonjas.»

## CAPITULO XX

### HISTORIADORES

»Hasta qué punto siguieron estos consejos los historiadores que vivían en aquella época?

Tácito, 54-134?—Cornelio Tácito se eleva como un águila sobre todos. Natural de Terni en la Umbria y de familia plebeya, educado en las escuelas de los declamadores y de los estoicos, contrajo alguno de sus defectos y llegó á ser allí admirador de las antiguas virtudes romanas. Adquirió en sus sentimientos y en la lectura de lo que habían producido los filósofos más puros, horror á todo lo que era servil y bajo, así como la penetración de que hizo uso para sondear el corazón humano en sus más ocultos repliegues. Militó, luego se hizo abogado. Ejerció las funciones de cuestor, y de pretor bajo Domiciano, vió la Germania y la Bretaña, y fué también promovido al consulado. Su vida fué larga y más tranquila de lo que induciría á suponer el descontento severo que reina en sus escritos.

En medio de aquéllos asombrosos contrastes de buenos y de malos príncipes, de aquella lucha del bien y del mal, se detuvo á contemplar en silencio la marcha de los acontecimientos, y antes de exponerse á las miradas del público aguardó la madurez de los años. Tenía más de cuarenta cuando escribió por gratitud la vida de Agrícola su suegro. En esta obra elevó la biografía á la dignidad de la historia, haciendo entrar en ella los sucesos relativos á un pueblo nuevo (los bretones), de quien supo recoger las más notables particularidades.

Enseguida emprendió la descripción de la Germania, y marchando sobre las huellas de César pintó las costumbres de los pueblos que la habitaban. Parece que adivinando una invasión inminente por su parte, hubiera querido poner el imperio á cubierto del peligro, haciendo fijar la vista en las costumbres groseras, si bien honradas de aquellas ordas bélicas que amenazaban á la corrom-

pida civilización de los romanos. Esta pequeña obra es uno de los trabajos más importantes de la antigüedad, y un modelo acabado del arte de decir mucho en pocas palabras, aunque las alabanzas concedidas al autor no hayan permanecido siempre á prueba del progreso de los estudios. En lo concerniente á los hechos es en general verídico, habiéndolos presenciado por sí mismo, ó aprendiéndolos de su padre. Pero al trazarlos, abusa de una especie de moral que le sugiere su disgusto de la sociedad romana, lo cual hace que para oponer á la corrupción de su siglo la rectitud vigorosa de las naciones nuevas, caiga en las extravagancias de los numerosos encomiadores de la vida salvaje. Como no sabía la lengua teutónica, hubo de engañarse en muchas cosas, é inclinado como todos sus conciudadanos á no ver en ninguna parte más que usos romanos, halló los dioses de Grecia y Roma en la Germania (1). Cuando aquella comarca, apenas abierta por las armas, ofrecía aún á la curiosidad poco afanosa de los romanos, una porción de misterios, empleó las equivalencias inexactas de una civilización totalmente distinta para traducir las imperfectas noticias que recogiera. Aumentanse además la vaguedad y la incertidumbre por la expresión misma que en su concisión estudiada no basta ni con mucho á transmitir lo que el escritor ha concebido, ó se halla empleada en un sentido diverso del que tiene comunmente. Esto no quita á Tácito, aunque lo disminuye, el mérito de ofrecernos las primeras páginas de la historia moderna.

Después de haber probado de este modo sus fuerzas, emprendió la historia de Roma en treinta

(1) Al oír la palabra *Mar*, adjetivo teutónico que significa glorioso, y el vocablo *Heri* ó *Kerl* aplicado á Odín, formó Mercurio. Y así respecto de otros.